

PANEL

Una educación capaz de formar ciudadanos



Las profesoras que integraron el panel, de izquierda a derecha, son: Leonor Amaro, María del Carmen Barcia y Berta Álvarez.

Intervención de Leonor Amaro Cano

Ante todo mi agradecimiento a los organizadores del evento por esta invitación y mi saludo a esta iniciativa que la Iglesia ha ido llevando adelante en pro de la reunión y el intercambio de personas interesadas en cuestiones bien diversas de la sociedad en que vivimos, sin excluir a nadie por criterios o credo. Considero que en esta ocasión, como en otras, nos ha unido la preocupación por conservar los logros del mundo y de la humanidad, así como el desasosiego por los resultados que se aprecian en las sociedades que han adoptado el neoliberalismo, definido como sistema regido por la economía de libre mercado, la privatización del estado de bienestar y una buena parte de los servicios gubernamentales como la educación, salud y energía, con las consiguientes desigualdades que ello provoca

entre los seres humanos. Aunque en algún sentido este modelo no siempre pueda ser culpado de todas las desgracias que acosan al hombre contemporáneo, evidentemente lo que hasta hoy se ha alcanzado a través de sus postulados ha devenido como expresión del regreso en cuanto a justicia social.

Ahora, para comenzar esta breve comunicación, me gustaría recordar a una persona de la Iglesia, muy reconocida por todos los cubanos: monseñor Carlos Manuel de Céspedes, quien acompañó estas jornadas desde sus inicios. Él decía en uno de sus trabajos publicados en esa obra que tiene por título *Con sangre y desde el ruedo*: “Las mutaciones históricas presentan nuevos problemas al hombre que este debe resolver (con sentido teológico, es decir, a partir de la fe que profesa); y en la búsqueda se descubren nuevas dimensiones de una misma verdad revelada” Esta consideración puede ser

extendida a cualquier hombre en particular –religioso o no- porque parte del reconocimiento de las mutaciones y de la esperanza en las soluciones que presentan otras dimensiones, no tienen por qué ser consideradas como un total regreso o un abandono de la fe, cualquiera que esta sea. Tal vez una reflexión acerca de la nueva dimensión que debe alcanzar la educación cubana para formar ciudadanos responsables pueda contribuir al diálogo convocado hoy por *Espacio Laical*.

Una valoración general.

Cuba, al igual que otras muchas regiones, vive un momento de crisis cuya manifestación ha permeado toda la sociedad. Nos asustan a diario sus manifestaciones expresadas desde los nuevos comportamientos -irreverentes o sin sentido-, modificación de las costumbres, las nuevas ideas y valores emergentes, hasta el propio vocabulario que ha ido desplazando las maneras de hablar aceptadas como correctas, tanto por instituciones como por la sociedad. Sin embargo, en términos históricos esto no es nada nuevo, ni en el mundo ni en Cuba. Bastaría para demostrarlo indicar algunos elementos recurrentes en otros tiempos convulsos de la sociedad. Releyendo a Emilio Roig nos encontramos que la literatura costumbrista comentaba el 25 de junio de 1802 que “las palabras obscenas son una peste que ha contaminado, no solo a la ínfima plebe de esta ciudad, sino a la multitud de jóvenes de buenas familias.”¹ Y, un siglo después, en una realidad marcada por la terminación de la Guerra de Independencia, donde también se lesionaron los valores del hombre común, al crearse las Escuelas Normales para maestros y maestras en marzo de 1915, durante el gobierno de Mario García Menocal, quedó textualmente prohibido dar clases de repaso para entrar a la Normal por parte de los profesores de esta institución, en aras de evitar algún privilegio entre los concursantes, cuestión que no siempre fue cumplida. No menos ilustrativo de la realidad cubana de los años siguientes es que, en 1921, un intelectual como Ramiro Guerra, reconocido no solo como gran educador sino como crítico de la educación en el país, argumentaba que luego de la guerra la familia se dispersó y por esta razón se habían quebrado las buenas costumbres, por lo cual había que reforzar la función de la escuela. Y en este sentido decía, en un trabajo memorable referido al uso de la poesía popular cubana en la escuela primaria: “La escuela, cuya más alta misión debe ser contribuir a la formación del sentimiento nacional, ha realizado en ese orden de ideas una acción a veces no solo deficiente sino perjudicial, porque la instrucción es una fuerza disolvente cuando se asimila de un modo imperfecto y no es adecuada al carácter del pueblo que la recibe.”²

Sirvan estos ejemplos para evitar los grandes asombros y las grandes exclamaciones de que “en mi época no fue así”, pues los hechos de hoy tienen más de un

antecedente. Luego, más preocupantes son las características de las reflexiones acerca de las causas que siguen, sin determinar los errores estratégicos, o que omiten las realidades socio-económicas sobre las que han emergido valores equivocados, y las decisiones desacertadas –aunque estuviesen llenas de buenas intenciones- impuestas con tal fuerza que se mantuvieron con oídos sordos a los descontentos de las personas más acreditadas para enjuiciar los logros educativos, en este caso, sin lugar a dudas, el clamor de los maestros. La realidad de hoy –aceptada en las evaluaciones más contemporáneas de nuestros dirigentes- nos impone la necesidad de un análisis sin temores ni sorpresas acerca de las causas que luego de tantos triunfos, la educación esté siendo cuestionada a diario. El registro de aspectos a debatir sería interminable, por lo que yo voy a acotar mi intervención teniendo en cuenta mi experiencia personal como profesora desde 1965.

La hora actual de Cuba.

Podría comenzar indicando que la UNESCO reportó a Cuba en el 2012 con un 99,8 por ciento de alfabetos, cifra totalmente excepcional para el Tercer Mundo³. Ese es el resultado histórico del cambio social ocurrido en Cuba a partir de 1959, reconocido hasta por los detractores de la Revolución Cubana, pero ahora se precisa una calificación más completa. Apremiar la circunstancia de hoy, en toda la magnitud social, para mí es bien difícil, aunque en los discursos oficiales se examinan los errores y se muestran de acuerdo con las intenciones de transformación. Las ideas que se desprenden de los Lineamientos aprobados por el Buró Político del Partido son una muestra de esa realidad cambiante, a pesar de que los planes y proyectos concretos, muchas veces, no son explicados con toda claridad, razón por la cual se siga considerando que prima el quietismo, sobre todo entre los jóvenes, menos dispuestos en el orden político tradicional de conservar la fe a ultranza en los propósitos justicieros de la revolución cubana. Así, este sector tan vinculado al proceso de formación, aunque comulgue con lo que se vislumbra en perspectiva, también alude a un proceso en el que no se avanza. Muchos adolescentes ya hablan, sin ningún reparo, de los aspectos considerados como factores de retroceso. Por su propia juventud hacen predominar las condiciones tecnológicas como las más neurálgicas.

Con estas apreciaciones presentadas como telón de fondo, evaluar hacia dónde deben ir los cambios para lograr un buen desarrollo en la educación tiene necesariamente que incluir una reforma tan profunda que se enlace con otros aspectos de la sociedad. No se trata de entender la reforma como corrección solo de faltas, sino creación de cosas nuevas. En primer lugar, debemos recordar que en un proceso educativo, los estudiantes no se forman solamente a partir de leyes y decretos, reglamentos, planes de estudio, programas y

libros de texto. Por el contrario, a todos esos componentes, que muchos especialistas denominan “documentos declarados,” se añade el factor más importante referido al sistema de conocimientos, habilidades y metas que la sociedad valora tácitamente como imprescindibles para alguien que ha de ser miembro de la colectividad que forja dicho sistema. Por eso, en las escuelas, y en particular en las universidades, se defiende los factores donde quede expresado una concepción social, una aspiración identitaria de amplio sentido, aunque tenga difusos contornos, así como un ideal intelectual – ideológico, estético, profesional, incluso una dirección emocional.

En muchas sociedades estos factores se mantienen en el plano tácito, cuando más dominados por los profesores y organizadores de la educación que, por supuesto, no siempre tienen las mejores intenciones, pero permite proyectar los cambios con mayor flexibilidad. En nuestra sociedad, los fundamentos de los currículos son expresados y aparecen en los reglamentos vigentes; pero como imperativos categóricos en muchos casos. Las intenciones bien declaradas no siempre favorecen a la hora de decidir acerca de la filosofía educativa que regirá la conducción formativa. Asimismo, tampoco beneficia, en algunos campos del saber, la definición de los textos como registro de la actualización científica. Esto se ha hecho más evidente en el campo de las Ciencias Sociales. Entonces, cualquier reforma curricular deberá estar acompañada de un estudio que vaya más allá del campo científico particular, más referido a la filosofía educativa.

Otros puntos de referencia esenciales tendrían que ver con la política y la economía del país. Para algunos especialistas, la proyección formativa debe promover la defensa de la soberanía nacional, propiciar el predominio de una economía viable (que ya no coincide totalmente con la socialista de forma clásica) para permitir la estabilización y consolidación de la justicia social, que pueda ser defendida a través de un sistema político de gobierno que garantice que la patria sea ara para todos los ciudadanos y no pedestal de los que no se atreven a criticar, por no arriesgar el cargo. Una visión retrospectiva tendría, además, que indicar cómo la política de promoción entorpeció la evaluación correcta del sistema educativo e impidió el análisis de los factores intervinientes en los procesos educativos, entre otros, la valoración positiva o negativa de los sistemas más desarrollados como base del aprendizaje, así como la evaluación de las políticas enfocadas hacia la prevención o la intervención temprana, para evitar brechas en el aprendizaje.

El tiempo histórico en la comunicación alumno-profesor.

La comunicación alumno-profesor es reconocida como la vía privilegiada para proceder a los cambios

de mentalidad, de ahí que lograr un efecto positivo en el diálogo determinará el convencimiento de las nuevas generaciones que –ineluctablemente- serán las responsables de este país. Y, hoy más que nunca, hay que distinguir entre convencer y vencer; entre proponer e imponer, y entre invitar y exigir.

El diálogo al que me puedo referir enfrenta a la vez dos generaciones diferentes: la que hoy se mantiene en las aulas frente a los estudiantes y los jóvenes que apenas conocen nuestra historia. La mayoría de nosotros no fuimos parte de la generación fundadora, la cual se ve más distante y para algunos como imposibilitadas de apreciar lo cotidiano. Una parte de los que nos mantenemos en las aulas como profesores, con mayor experiencia y reconocimiento académico, formamos parte de los jóvenes que se sumaron a la obra revolucionaria en su doble accionar destrucción/construcción. La revolución de la cual formamos parte, con el poder en la mano, fue la destructora de todo lo malo del capitalismo y constructora de lo nuevo. Por eso, desde nuestra mirada, se trataba de una obra plena de belleza y humanidad, por lo tanto, estábamos llenos de efervescencia, excitación, entusiasmo, furia, prisa y credulidad, que nos hacía sentirnos totalmente comprometidos y participantes de algo desconocido para muchos: el socialismo. No temimos los obstáculos, por lo que los primeros logros nos hicieron emparentarnos más con la generación fundadora. Campañas de alfabetización, de salud, de cultura y tareas de choque de todo tipo, fueron nuestras conquistas, siempre bajo la amenaza real de los enemigos, por lo tanto, invariablemente mantuvimos un espíritu de desconfianza.

Paradójicamente, ahora nos encontramos frente a una nueva generación que le ha tocado sobrevivir y desconfía de lo que decimos. Para ellos somos, en gran parte, la generación más responsable porque no protestamos lo suficiente, porque aceptamos más por complejo que por miedo. Curiosamente, somos profesores respetados porque no tenemos nada, solo el trabajo acumulado, pero culpables de lo mucho que ellos ignoran hoy o de su pobreza para analizar críticamente. Ante ellos, formamos parte del grupo que no se atreve a cambiar porque con ello se rompería todo lo que hemos construido, y de ahí solo la retórica del cambio. Por demás, somos asimismo puntales de una formación indecisa de grupos intermedios, que vivieron parte de la holgura de los años 80, y hoy tenemos temor de parecer irreverentes en una sociedad tan ceremonial como la socialista. Por eso lo ven como un conflicto de generaciones, no de edades. Por cierto, esta pregunta fue reiterada a Alfredo Guevara en todas y cada una de las conferencias que ofreció a los jóvenes. A principios de siglo ya podemos hacer alusión a otro grupo generacional marcado por las nuevas tecnologías y los discursos relacionados con los cambios, y de ahí su mayor distanciamiento e insistencia en defender sus espacios.

¿Cómo educar en la nueva realidad?

Me aproximo a una respuesta con una afirmación que siempre genera preocupación en cualquier auditorio: no se puede educar sin democracia. Y, no se trata solo de alcanzar la horizontalidad, igualdad, equidad e inclusión, aspectos que en el proceso revolucionario iniciado en 1959 se han logrado en la educación, en la salud y en el trabajo, sobre todo si tomamos en cuenta que la escolarización en el mundo aumenta cada día pero sigue siendo limitada, poco equitativa y no ha logrado paridad de sexo. Por supuesto, en este medio donde priman hombres de credo no puedo pasar por alto los momentos en que en el país se restringió el acceso a los estudios universitarios por razones ideológicas —muchas de las cuales tuvieron soluciones nada constructivas. Si bien el radicalismo registró momentos de grandes arbitrariedades, en términos sociales no se puede sostener la exclusión como característica de la educación en la Cuba socialista.⁴

Volviendo al tema, para fomentar una atmósfera democrática en el sector educativo se requiere de una instrumentación institucional diferente, que posibilite la creación activa en el orden profesional y, en el plano estudiantil, deje libre a los jóvenes para que incorporen e impongan mecanismos que frenen los temores al nuevo pensamiento y a otras formas de actuación. El estudiante, mucho más el que ha llegado a la universidad, no puede vivir sin ideas, por lo que tiene que contar con un repertorio de convicciones propias, aunque muchas de ellas no sean las óptimas y muchas veces tengan que ser modificadas. En la práctica, durante muchos años hemos orientado y controlado el comportamiento de los jóvenes —no me excludo de ese proceder— a la vez que declaramos la importancia de la creatividad, con lo que nos hemos visto atrapados en una gran contradicción. Reclamar a un joven estudiante que se proyecte con la libertad de la generación que participó en la Revolución es imposible, pues para ellos todo está normado. Lo bueno o lo malo; lo correcto o lo inadecuado no se discute con ellos, viene ya determinado en las orientaciones recibidas “desde las instancias superiores” o “desde arriba,” como bien dicen en las aulas.

En relación con los procesos democráticos que hoy se vuelven a repensar, quisiera aclarar que no se trata solo de una forma de gobierno, sino como clima que impida no sentirse controlado todo el tiempo u obligado a la falsa unanimidad. Se trata de garantizar el respeto a la ley elaborada bajo esos parámetros y su control, ejercido también de manera transparente para que sea evaluado por la mayoría. En este sentido, la educación, por los propósitos que la acompañan de manera inherente y porque va proyectada al sector más joven de una población, sería el mejor escenario para los ensayos del Estado. Allí puede expresarse el pluralismo, a la vez que se descentraliza la representación política. La socióloga Mayra Espina hablaba en una de sus

conferencias de la significación de reconocer actores múltiples, sin un centro que todo lo tradujera, que todo lo sintetizara y que todo lo reconcentrara en un único polo, en un único lugar. Que no hay otro lugar mejor para esa existencia plural, diversa, de actores, de colectivos, de situaciones, que los centros educacionales, en particular los universitarios. Por otra parte, tampoco se puede educar sin orden ni control. La atmósfera debe ser la propicia para el estudio y el progreso; y, las aulas, cualesquiera que sean, deben ser el referente más útil para controlar la sociedad. Cómo administrar corrección y castigo es algo más que un debate instrumental. En este sentido, vale acrecentar la capacidad de representación de intereses sociales que no signifique un debilitamiento del Estado, sino que lo fortalezca en su labor de justicia social; pero realmente legitimado por la mayoría de los sectores sociales. Por todo ello, la educación exige de un personal propio, muy lejano al del sentido administrativo que muchas veces prevalece como virtud para organizar una tarea tan compleja como la educación. Conocimiento, personalidad propia, y prestigio profesional tienen que ser garantizados para contar con su apoyo.

Pero, educar no corresponde solo a un Ministerio o a un sector. Siempre se reclama la labor social y familiar. El aire público alimenta a la institución educativa y mucho más hoy que se sostiene que la formación sea multidisciplinaria y de esa manera deben intervenir otras instituciones, en especial las culturales. De ahí la necesidad de una política coherente para contar con su apoyo. Las manifestaciones literarias, artísticas y musicales tienen que insertarse con real apoyo para formar las nuevas generaciones. Voy a citar algunos ejemplos para apreciar la distancia que hay entre lo existente y lo que tenemos que lograr. Aunque mucho se ha discutido en torno a la efectividad de la labor de las bibliotecas en el país siguen siendo muy limitadas sus funciones en las escuelas primarias o secundarias. Otro tanto ocurre con sus servicios, pues las bibliotecas del país, salvo la Rubén Martínez Villena, asociada al proyecto de la Oficina del Historiador de la Ciudad, y la Biblioteca Nacional, permanecen cerradas en épocas de vacaciones. Es fácil deducir que la lectura es también un entretenimiento, además que en esos períodos de descanso es cuando precisamente muchos estudiantes tienen que reforzar el estudio. Curiosamente, en Cuba, donde declaramos la existencia de un exceso de personal en muchos centros, donde el trabajador permanece largas horas sin hacer nada, las bibliotecas mantienen el horario restringido de los años 90s, alegando escasez de personal. Resultado de esta política, el estudiante tiene pocas opciones y el joven que trabaja y estudia, muchas menos. Sin embargo, a la par aparecen ferias de libros en menor o mayor escala, las cuales estimulan la producción intelectual, pero la promoción de la lectura tiene que acompañar a estos triunfos, tal y como indi-

cara el compañero Abel Prieto en su intervención en la Feria del Libro, en Pinar del Río.

Otros ejemplos pudieran agregarse. Actualmente, aunque estamos viviendo una etapa de auge del “clip”, apenas se hacen videos que tengan que ver con la riqueza del saber, ni siquiera para divulgar lo que tenemos como país preocupado por la educación. Relacionar la producción cultural en el abanico de opciones para el aprendizaje tampoco se fomenta, o al menos ha decaído notablemente. En este sentido, podemos comentar lo que está sucediendo con las representaciones de obras teatrales en su sentido más amplio de contribución a la ilustración. Otrora tuvieron espacios de divulgación y de presentación por expertos en las universidades, a donde acudían los estudiantes y, estos a su vez, se convertían en propagandistas de las temáticas tratadas y de los autores representados. Recientemente, Nicolás Dorr repuso sus adaptaciones de obras clásicas como *Medea* y *Otelo*, en las cuales hubieran podido contrastar sus conocimientos un buen número de estudiantes de Filosofía, Artes y Letras, Derecho, Psicología. Sin embargo, los teatros estuvieron llenos de la llamada “tercera edad”, hombres y mujeres quienes habían visto casi todas las versiones de décadas pasadas. En las salas de exhibiciones estuvieron ausentes, lamentablemente, los jóvenes.

Cómo se relacionan los centros universitarios y los centros promotores de teatro o de cualquier otro género sería otro aspecto digno de comentar. Siempre se ha sostenido que la educación debe ofrecer una perspectiva para escapar de la pobreza, pero no se trata solo de la material, también la espiritual. Aprender a ampliar los horizontes del hombre, y a través de esa vía poder tomar decisiones responsables, es uno de los grandes objetivos de la humanidad.

Por último, debo subrayar mi convicción de que la educación va más allá de la adquisición de competencias, considerando solo los conocimientos, y la obtención de empleos, sino que su posibilidad de actuar como garante de la cohesión social y nacional está en ser conscientes de que las competencias incluyen también a los valores, y solo vista así la educación puede convertirse en regente de valores compartidos, entre los cuales deberá primar “el culto a la dignidad plena del hombre”, expresada en el respeto a las opiniones y la tolerancia. Eso que hoy denominamos como las fuerzas inmateriales. Estas ideas fueron bien defendidas por Frei Beto en el evento de Pedagogía de este año, efectuado en La Habana. Ello tiene una validez enorme para el Tercer Mundo, pero en Cuba en particular hay que acotar cuestiones particulares, sobre todo porque si bien en el país se ha desarrollado la instrucción en términos amplios, el empleo a partir de la crisis económica se ha reducido a tal punto que el mayor peso demográfico de los jóvenes no tiene trabajo. Por esa razón, para Cuba sí se tiene que considerar, muy seriamen-

te, una educación que logre la eficiencia exigida por el mercado laboral internacional que, en nuestro caso, se vuelve una necesidad prioritaria; no podemos olvidar que la tecnificación es, en este momento, el reto mayor para cualquier enseñanza y sobre todo para la universitaria en Cuba. Una buena calificación dignifica al egresado, le da muestras de su competitividad, seguridad y posibilidades de mostrar sus conocimientos al mundo. También podrá, en un futuro no lejano, evitar las desigualdades de empleo que pudieran generar agravios e injusticias. En cuanto al efecto en la población, es fácil reconocer que hoy día los padres se hacen más sensibles al futuro de sus hijos, por lo que verían con mayor facilidad que ellos también pudieran contribuir a la educación, no como una limosna, sino como ayuda, en tanto que estudiar deviene una inversión familiar de la cual saldrán ganando.⁵ Si hoy los padres pagan con agrado estudios especiales como la música y los idiomas, no podrían ver como algo indigno otras contribuciones a estudios de perfeccionamiento al terminar los niveles garantizados de manera gratis por el Estado, todo lo contrario; esto podría auxiliar a fortalecer niveles de responsabilidad familiar y social.

Por último, si hablamos de estrategias educativas no podemos desconocer que la formación profesoral es un punto central. Sería quimérico tratar un tema tan delicado y profundo como ese en breves palabras. Solo me atrevería a subrayar que si reclamamos una mirada más crítica hacia la política relacionada con la educación, qué diríamos entonces en relación con lo que se ha proyectado para los maestros. No se trata solo de cifras relacionadas con el salario -que bien se ha dicho que son imposibles en este momento económico- sino de todo aquello que dignifique a la profesión en la cual no basta con declaraciones y formulaciones repetidas al margen de la realidad de las aulas. Una mejor organización del tiempo de trabajo profesional que garantizara la real capacitación de un profesor; proyectos efectivos de calificación como el propuesto por la doctora Graciela Pogolotti a los profesores de los institutos pre-universitarios, así como el aseguramiento material para una mejor imagen como tienen otros trabajadores (Minrex, Mintur, Banco Nacional de Cuba, Minfar) ayudarían a un cambio de forma tal que la carrera magisterial -que no ha sido nunca fuente de enriquecimiento de la población en Cuba ni en otros muchos países- volviera a tener parte del estímulo de otros tiempos.

El mundo entero reclama mejoras educativas, tanto conceptuales como tecnológicas, a pesar de que hoy vivimos en momentos en que se recrudece la violencia en muchos lugares. Ante este clima tan contrario al desarrollo educativo, quisiera terminar mi intervención recordando un deseo de Oscar Arias, quien fuera presidente de Costa Rica y Premio Nobel de la Paz en 1987: “¡Si se pudieran convertir las bombas en libros!”...

Notas:

1- Emilio Roig de Leuscherling. *La literatura costumbrista cubana de los siglos XVIII y XIX*, Oficina del Historiador de la Habana, 1962, tomo I.

2- Ramiro Guerra. "La poesía popular cubana en la Escuela Primaria" En *La defensa nacional y la escuela*. La Habana, 1923. Librería Cervantes, p. 7.

3- UNESCO. *Información Estadísticas 2012*, Canadá, página 80.

4- Eso es lo que le ha permitido a Fidel reiterar que "la obra educativa sin precedentes que el pueblo cubano ha creado", y que continúa desarrollando con vistas a lograr un capital humano cualitativamente superior. Ver: Clausura del Cuarto Congreso de Educación superior. En *Granma*, La Habana, 7 de febrero del 2004.

5- Dollar y Gitti (1999) basándose en un estudio de 127 países y que cubre cuatro lustros concluyeron que las políticas que promueven el mejoramiento de ingreso *per capita* a través de la educación será bien vista en tanto representa una inversión para el futuro.

Intervención de María del Carmen Barcia

Los organizadores del evento nos han solicitado intervenciones cortas, concisas y que promuevan el debate, y trataré con estas cuartillas de ajustarme a esa demanda. Son cuestiones en las que he pensado desde hace tiempo y que, de una manera u otra, he interiorizado. Trataré de formularlas de una forma precisa, que nos permita crear un ambiente de debate creador.

Nada es más importante, para el desarrollo de un país que la educación, pues constituye el pilar fundamental para su crecimiento cultural y económico. Con respecto a la educación escribió José Martí una frase lapidaria, que frecuentemente se repite, aunque al igual que otros de sus preceptos, no se cumple: que al hombre había que ponerlo a nivel de su tiempo, para que flotara sobre él, y no por debajo de su tiempo, con lo que nunca podría salir a flote.

De forma paralela a esta máxima martiana es imprescindible ir más atrás y recordar a nuestros fundadores en la esfera educacional, porque historia y raíces tienen suma importancia y han construido nuestra identidad. José Agustín Caballero, a finales del siglo XVIII, consideró que el electivismo era una base esencial para expandir adecuadamente el conocimiento, y ese principio, sostenido por Félix Varela, José de la Luz y Caballero, Rafael María de Mendive, Valdés Rodríguez, Ramiro Guerra, Arturo Montori, María Luisa Dolz y muchos otros maestros que fueron creadores y seguidores de la Escuela Pedagógica Cubana, debe estar presente en todas las consideraciones que se hagan con respecto a la educación cubana.

De esta manera, en los aspectos educativos estamos enfrentando dos retos enormes: cumplir la máxima martiana y estar a nivel de un tiempo caracterizado por el desarrollo acelerado de la tecnología y todo lo que esto conlleva, y usar el electivismo que sustenta nuestra identidad. Esto tiene que hacerse con inteligencia, con una originalidad basada en nuestras particularidades, con audacia y con astucia.

Elegir qué se toma, qué teorías se siguen, qué presupuestos se adoptan y qué recursos resultan imprescindibles para ese desenvolvimiento, es esencial. Para esto hay que estar al tanto del desarrollo de las ciencias a nivel mundial, y escoger aquello que resulta importante para hacer crecer nuestra cultura en el sentido más amplio del término, y hacerlo teniendo en cuenta nuestros particulares intereses como país, lo que significa sostener una identidad propia ante los desafíos y avatares de la globalización.

Nos interesa entonces formar mujeres y hombres de pensamiento y acción, creadores, capaces de usar, aplicar inteligentemente e incluso desarrollar una tecnología moderna, pues estamos en la cuarta revolución científica, concepto que tiene muchas significaciones (la primera condujo al dominio del hombre sobre el cultivo de plantas y la cría de animales, es decir controlaba su subsistencia, la segunda a la fundación de un mundo urbano relacionado con el rural, que ya existía, se estableció la relación de intercambio, la tercera a la industrialización y la cuarta es la digital, en la que estamos). Pero junto a la elección de lo más avanzado es necesario mantener criterios propios que implican la memoria de lo que se ha hecho, la comparación entre lo nuestro y lo foráneo y la capacidad y rapidez de reacción ante los cambios y los posibles errores.

Es necesario aspirar a que las generaciones más jóvenes estén mejor preparadas que las anteriores, ese es un precepto inviolable si se aspira al desarrollo. Los niños y jóvenes que transitan por nuestras escuelas primarias y secundarias deberán trabajar en profesiones y oficios que evolucionan y se transforman muy rápidamente, que en poco tiempo irán más allá de los conocimientos aprendidos y necesitarán ser creativos. Este desafío tiene que ser afrontado con una gran flexibilidad en los planes y proyectos de estudio.

Enseñarlos a pensar primero, siguiendo un precepto vareliano, es esencial, que al menos no se cumple en

la mayor parte de las escuelas. En los últimos años la enseñanza se ha convertido en reproductiva, se dictan clases, se ofrecen conferencias televisivas que informan, incluso no siempre bien, pero no se enseña a pensar primero, a valorar, a buscar, a desarrollar la creatividad, ese es un papel esencial de la escuela que necesita maestros preparados en esos aspectos

Aquí tocamos otro aspecto que ha llegado de afuera: la figura del facilitador. A nuestro modo de ver, ha sido un error grave considerar que el docente de la enseñanza media se adscribía a esta manera de enseñar. Diferente es su papel en formas de enseñanza “a distancia”. No se trata de desvalorar esa función ni esa figura, pero sí se debe colocar en su espacio y función.

Existe un reconocimiento tácito en que el sistema educacional, la familia y la comunidad necesitan estar estrechamente vinculados, cuestión cierta y evidente, pero no se puede perder de vista que en tanto el sistema educacional está formalizado institucionalmente y tiene que responder a presupuestos establecidos, no ocurre lo mismo con la familia ni con la comunidad.

Un número apreciable de familias en Cuba son disfuncionales y esto impide, incluso, que muchos niños estén capacitados para elegir las oportunidades que el sistema educacional les brinda. No solo se trata únicamente de violencia, cada vez más frecuente, sino de padres o madres solteros, con hijos que no saben educar, o de niños y adolescentes con abuelos, abuelas o parientes cercanos mayores, que por su perspectiva generacional o por su nivel de educación son incapaces de asumir el rol de los progenitores. En la sociedad cubana “muchos de los logros o de los fracasos que cosechan los individuos pasan por la intermediación familiar”¹ ¿Están preparados esos hogares disfuncionales para proyectar una adecuada educación de género? ¿Podrían muchos de los resultados inadecuados haberse revertido con la presencia de un buen maestro? ¿Hubiera sido José Martí el destacado político e intelectual que fue sin Rafael María de Mendive? En Cuba nuestro Estado asumió la educación pública y tiene la responsabilidad de formar ciudadanos educados e instruidos, capaces de contribuir a un adecuado desarrollo social. El maestro, en las enseñanzas primaria y secundaria básica no puede ni debe ser sustituido por un facilitador, necesita de una figura protagónica, y además modélica, a quien copiar, de quien aprender en todo, es decir en materias, incluyendo las que desde muy pequeño facilitan su sensibilidad y desarrollo corporal y en comportamientos. Cada maestro, cada profesor, debe ser, además, un ejemplo de conducta moral, capaz de mantener relaciones sociales adecuadas tanto desde el punto de vista formal como espiritual.

El maestro tiene la obligación y el deber de desarrollar capacidades en sus alumnos. Cada vez resulta más difícil encontrar estudiantes concentrados, capaces de

extraer de sus lecturas las ideas esenciales, de razonar sobre los contenidos y de saber expresarlos con sencillez y corrección, que esto se pueda lograr es también una tarea de los maestros en todos los niveles de enseñanza.

Otras cuestiones tendrían además que ser objeto de análisis, por ejemplo el aislamiento del individuo en una sociedad digitalizada.

La lectura, otro elemento esencial para la formación de los ciudadanos instruidos, se debilita a nivel mundial. En Cuba se hacen ferias y se venden libros, pero ¿cuántos niños y jóvenes los leen? ¿Lo hacen los maestros? ¿Recogen nuestros libros de lectura de una manera agradable y sencilla nuestra geografía, nuestras tradiciones, nuestras costumbres? Este último aspecto se relaciona con la manera en que, en tiempos de España, cuando no se enseñaba Historia de Cuba, aprendieron nuestros futuros ciudadanos a concebir y amar a su patria.

Todas las asignaturas son importantes para la instrucción que necesita un ciudadano, pero para la formación de la identidad, para un crecimiento que podríamos denominar de amplio espectro cultural, unas debieran ser más y mejor usadas que otras, porque tienen lo que pudiéramos conceptualizar como un uso público. En este marco están las vinculadas a la gramática y a la literatura escrita en nuestra lengua, y la historia de América y Cuba. Estas disciplinas tienen un uso público que es el que más trasciende a la sociedad y que se plasma a partir de la divulgación, tanto de la que hacen los maestros en sus aulas como de la que hacen los periodistas a través de los medios de difusión masiva.

El uso público de la historia, que incluye un uso político de la construcción de nuestro pasado, cumple una función social sumamente importante, destinada a la formación del patriotismo, a la consolidación del sentido de pertenencia y a la creación de valores en niños y jóvenes. La mejor manera de lograr este propósito es a través de una adecuada enseñanza escolarizada.

Uno de los problemas culturales e ideológicos más sensibles y acuciantes en la formación de la juventud cubana está relacionado con la identidad, es decir la importancia de lograr que nuestros niños y adolescentes se sientan orgullosos de formar parte de un país y de su cultura, de autoreconocer el valor que implica ser cubano.

La identidad se basa en el prestigio y el orgullo de esa pertenencia, se sustenta sobre la base de una cultura nacional integradora, de una participación igualitaria en la vida política de la nación, y en el adecuado conocimiento de las tradiciones nacionales. Todas estas cuestiones parten, esencialmente, de la escuela y de la familia, y se conforman a partir de la trasmisión adecuada de los valores culturales e históricos. La Historia es, por lo tanto, una asignatura fundamental destinada a forjar esos atributos, de ahí su particular importancia

y la preocupación de que su conocimiento se adquiera con la calidad requerida.

Si se lograra una relación adecuada entre la narración de los grandes temas de interés tradicional, como es por ejemplo el de la nación y la construcción de la identidad, y otros más actuales como la presencia femenina a lo largo de la historia o la contribución de las personas negras y mulatas y de los aborígenes a la cultura, la sociedad y la política, podría alcanzarse un uso público y educativo más adecuado.

Cuestiones tan importantes como la explicación del origen y desarrollo del racismo y de la discriminación racial, que tienen su base en la esclavitud moderna y que pudieran introducirse de una forma sencilla a través del estudio, primero de la Historia de África y luego de las historias de América y Cuba, se pierden.

Nuevas visiones y acercamientos a problemas como el racismo y el género han sido reclamados con reiteración por comisiones nacionales y en particular por la comunidad académica e intelectual.

Supongo, aunque no es mi especialidad y por lo tanto lo señalo con gran cuidado y prevención, que una selección de obras literarias que se hiciera cercana al interés de los estudiantes, estimularía la lectura, y permitiría poco a poco acercar a los jóvenes a una afición que les daría no solo conocimientos sino también maneras de expresarse por escrito, de proyectar su pen-

samiento a partir de esa actividad. Libros atractivos y bibliotecarios atentos y conocedores son imprescindibles. Año tras año se mantienen las mismas obras en los programas, a pesar de no existir ejemplares en las bibliotecas escolares, por ejemplo *Papá Goriot* de Honorato de Balzac, *Metamorfosis* de Kafka, *Casa de muñecas* de Ibsen o *El reino de este mundo* de Carpentier, brillan por su ausencia y crean situaciones angustiosas en las familias, que tratan por todos los medios habidos y por haber de conseguir para sus jóvenes esos libros.

No me atrevo a formular criterios sobre lo que se debe o se tiene que leer, conozco que especialistas en lengua, literatura e historia asesoran al Ministerio de Educación, en tanto institución responsable de esos cambios. Es un proceso costoso en todo sentido, pero ineludible.

Las instituciones educativas tienen el difícil reto de formar ciudadanos útiles, eficientes y de su tiempo, y todos, desde nuestros espacios públicos o privados, el deber de apoyar, mejorar y contribuir a esa esencial tarea.

Nota:

1- Flaquer, Luis. *El destino de la familia*, Barcelona, Editorial Ariel, 1998, p. 35

Intercambio posterior al Panel

Dmitri Prieto Samsónov: Pienso que la educación en Cuba se encuentra en un momento de emergencia, yo exhortaría a las personas aquí presentes, a la gente de *Espacio Laical* y a las profesoras si quieren también formar parte de este empeño. No me queda concreto quién debe protagonizar. Diría que toda la sociedad. Es abrir, ahora mismo, un debate público por la actualización, vamos a tomar los términos que les gusta a ellos, “actualización del modelo educativo cubano”, porque realmente hay una crisis estructural de la educación en Cuba, sobre todo en los niveles primarios por donde pasa el ser humano cuando está siendo institucionalmente educado. Miren qué terrible frase: está siendo institucionalmente educado, y eso requiere una renovación total. A veces dan deseos de que las escuelas desaparezcan, sean barridas de donde están, y en vez de ellas sean construidas nuevas escuelas porque así

creo que no estamos llegando a ninguna parte, o bien, casi que estamos insertándonos en la catástrofe.

Yasmín Portales. ¿Qué posibilidad efectiva tienen las profesoras ponentes de llevar a ejecución los reclamos que se han hablado? Porque ya yo he estado en varios eventos en los que hemos hablado de la educación y el problema de la educación, incluso he expresado mi preocupación, que me alegró mucho que la profesora María de Carmen lo mencionara hoy. Para mí el estado preocupante de la educación superior no es tanto como el estado superpreocupante de los niveles elementales de educación; gente que llega a la Universidad y tiene que estudiar Historia, mucha gente tropezó con alguien que quiso a la Historia y lo enseñó a querer la Historia. Para mí el problema son los millones, tal vez cientos de miles de niños y niñas que ya van a la